





*De Orfeo a Monteverdi*

FRAGMENTOS, 97





*Josep Maria Gregori*

# DE ORFEO A MONTEVERDI

ENSAYOS SOBRE MÚSICA, INSPIRACIÓN,  
MITO Y SACRALIDAD



FRAGMENTA EDITORIAL





Publicado per **FRAGMENTA EDITORIAL**  
Plaça del Nord, 4  
08024 Barcelona  
www.fragmenta.cat  
fragmenta@fragmenta.es

Colección **FRAGMENTOS, 97**

Primera edición **SEPTIEMBRE DEL 2024**

Dirección editorial **IGNASI MORETA**  
Producción editorial **MARIA CALLÍS**  
Corrección **MAYKA LAHOZ, ANA ORENGA**  
Diseño de la cubierta **FRANCESC MORETA CASTEL-BRANCO**  
Imagen de la cubierta **Detalle del cuadro *El sentido del oído*,  
de Jan Brueghel el Viejo y Peter Paul Rubens  
(Museo del Prado)**

Impresión y encuadernación **ROMANYÀ VALLS, S. A.**

© 2024 **JOSEP MARIA GREGORI CIFRÉ**  
por el texto

© 2024 **FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.**  
por esta edición

Depósito legal **B. 15.723-2024**  
ISBN **978-84-10188-94-5**

Con el apoyo de  **Institut Català de les  
Empreses Culturals**  **Generallitat  
de Catalunya**

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS



*A Meritxell Vinaixa,  
musa, esposa, madre y hermana,  
y a nuestros queridos hijos, Oriol y Oleguer.*





*La música ha sido desde hace mucho, continúa siendo,  
la teología no escrita de aquellos que no tienen  
o rechazan todo credo formal.  
O para decirlo al revés: para muchos seres humanos,  
la religión ha sido la música en la que han creído.*

GEORGE STEINER

*El valor de la belleza  
radica en el hecho de descubrir la espiritualidad.*

JOAN MASCARÓ

*El arte consiste en hacer aparecer  
lo sobrenatural oculto en lo natural.*

LOUIS CATTIAUX





# ÍNDICE

PRELUDIO	II
I MÚSICA Y «POIESIS»	17
1 <i>El peso etimológico del concepto «inspiración»</i>	21
2 <i>Deseo y entusiasmo</i>	26
3 <i>El acceso al instante-eternidad</i>	40
II SACRALIDAD Y ONTOLOGÍA DE LA MÚSICA	47
1 <i>La saeta taoísta</i>	48
2 <i>Icono sonoro</i>	51
3 <i>Símbolo de un símbolo</i>	63
4 <i>La música de los templos</i>	73
5 <i>Valor ontológico de la música</i>	82
III EL DON DE LAS MUSAS	95
1 <i>El relato del mito o el viaje hacia sí mismo</i>	96
2 <i>De Musas y aedos</i>	108
3 <i>La «mousiké» o el arte de las Musas</i>	115
4 <i>Las Musas en la «Teogonía»</i>	116

IV	<b>LA ARMONÍA DE LAS SIRENAS O EL CANTO DE LAS ESFERAS</b>	125
	1 <i>Sirenas en armonía</i>	132
	2 <i>La gloria de Ulises</i>	138
	3 <i>Iconografía sonora</i>	143
	4 <i>La música de las esferas, un símbolo universal</i>	149
	5 <i>El silencio o la «frontera secreta»</i>	165
V	<b>ORFEO BAJO LA MIRADA DE CLAUDIO MONTEVERDI</b>	175
	1 <i>El sonido órfico</i>	179
	2 <i>Monteverdi, alquimista</i>	183
	3 <i>El espíritu humanista o la reunión de la música con la palabra</i>	187
	4 <i>El «Prologo», oráculo de «La Musica»</i>	190
	5 <i>Las escenas de la «katabasi» órfica</i>	220
	<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	233

## PRELUDIO

ESTE PRELUDIO TIENE TAMBIÉN un carácter poslúdico: la conclusión, después de cuarenta y siete años, de mi faceta docente en el grado de Musicología de la Universidad Autónoma de Barcelona; una dedicación que, junto con la investigación orientada hacia la recuperación del patrimonio musical, no solo me ha entusiasmado desde el primer momento, sino que a la vez me ha invitado a navegar, de manera amable y generosa, en un mar de reflexiones en torno a los ejes que vertebran los ensayos que presento en estas páginas: la música y su íntima relación con la inspiración, lo sagrado, el mito y el pensamiento simbólico.

La presencia de una influencia extraordinaria en la creación y la interpretación musicales es un fenómeno que suele ser ampliamente reconocido bajo el término *inspiración*. La impregnación de la energía de un elemento misterioso e indefinible en el proceso de la gestación y el desarrollo de la creación y la interpretación de la obra musical, se inscribe en la globalidad de los elementos que configuran su discurso sonoro como un principio activo que participa en esta configuración e irradia a todos ellos la calidad de su resonancia. Asimismo, nos inclinamos a sopesar si, gracias precisamen-

te a la presencia de este elemento misterioso, las obras impregnadas de la calidad de su perfume se ven colmadas de una perdurabilidad que atraviesa modas y siglos, más allá del momento de su aparición en el curso de la historia de la música.

La capacidad de la música para participar, en su respiración, de la presencia de algo que pertenece a una naturaleza trascendente, divina, confiere al discurso musical la posibilidad de asumir la categoría de revelación. Si, como dice Emmanuel d'Hooghvorst, la intención profunda de los aedos de la Antigüedad era la revelación, podríamos preguntarnos hasta qué punto también lo era de aquellos compositores que, como Bach, Beethoven o Brahms, eran plenamente conscientes de escribir para desvelar, estimular y orientar el corazón de la humanidad hacia la esencialidad de su interioridad. Como afirma Claudio Naranjo, las obras de esos autores son referentes que, a través del oído, transmiten la vivencia de formas elevadas de amor que nutren la sed espiritual de la humanidad, o, por decirlo con las palabras de George Steiner, nutren la sed de trascendencia de aquellos que, con más o menos conciencia, no poseen otra religión que la música en la que han creído.

Por ello, cuando el arte es vivido como una revelación, el artista no solo lo sabe, sino que lo vive desde la conciencia de participar en una misión transmisora de sacralidad. La nobleza de la proyección de la fuerza de su deseo facilita que las emanaciones del mundo de los arquetipos, del mundo divino, se reflejen, revestidas con el ropaje de la sonoridad, en el mundo de la manifestación. De esta manera, la música deviene un símbolo, un puente sonoro que religa los dos mundos. Su valor ontológico se convierte en una invitación

a participar de la belleza arquetipal, a danzar con ella desde el núcleo del ser, conmovido por la imantación de una semejanza sonora con la que, de forma misteriosa, entra en resonancia. Cuando Agustín de Hipona definía la música con la expresión *scientia bene movendi*, ¿a qué aludía sino a la capacidad de la música para «movilizar» el fundamento ontológico del ser, la realidad profunda de la *psyché*, para conducirla hacia la apertura de nuevos campos de conciencia en su camino hacia el descubrimiento de su identidad interior?

Dentro de las grandes tradiciones espirituales de la humanidad, el lenguaje del mito ha compartido con el de la música la función de conducir al ser humano a la ontología y el descubrimiento del «sí mismo» que lo habita, del principio que lo fundamenta desde su conciencia, como resumía la célebre sentencia delfica «Conócete a ti mismo y conocerás el universo y los dioses». Un conocimiento que, como señala Annick de Souzenelle, nace de la profundidad de las transformaciones interiores, dado que conocer no es sino una nueva forma de nacer a nuevas realidades que permanecen ocultas bajo los velos de la inconsciencia.

En el contexto del mundo antiguo, los límites, establecidos *a posteriori*, entre pensamiento filosófico y realización espiritual devienen inextricables. Cuando se entra en contacto con las fuentes relacionadas con la *theoria* o armonía de las esferas, se constata que el mismo término griego *theoria* lleva inscrito en su significado el acceso del filósofo a la «contemplación» de la belleza, en un sentido de realización, experiencial, que en este caso convierte al filósofo en testigo, y caja de resonancia, de una audición de signo contemplativo. El relato de esta experiencia, que la mística pagana transmitió a través de los discípulos de Pitágoras al

pensamiento musical de Platón, fue releída en clave cristiana por la mística medieval, que identificó la armonía de las esferas con las sonoridades angélicas de la *civitate Dei*, donde los santos participan de la *musica caelestis*, superpuesta a la elevada *musica mundana* de Boecio. En este sentido, resulta de interés observar las correspondencias que se producen entre las fuentes de la mística cristiana medieval y los relatos de los místicos jasídicos y sufís de las tradiciones hebreaica e islámica, respectivamente.

Cuando Platón dio pie al desarrollo del relato sobre la armonía de las esferas, lo hizo relacionándola no solo con el canto de las sirenas, sino también con la dimensión armónica de este canto tan elevado como temible y peligroso. En su estado armónico, las sirenas se convertían en verdaderas musas llenas de sabiduría, como diría Ovidio. Así las pudo escuchar Ulises, quien, gracias a los consejos de Circe, se acercó a ellas anclado al peso y la justa medida de su armónico fundamental, condición *sine qua non* para poder sostener la agudeza de su elevado canto.

Orfeo, el divino cantor hijo de la musa Calíope, sería el único que, gracias a la pujanza de su voz, eclipsaría este canto tan seductor como terrible para el común de los mortales. Orfeo no solo recibiría de manos de Apolo una lira de oro, sino que aprendería de él el arte de su manejo. Gracias al poder de su canto, Orfeo conseguiría desactivar las fuerzas de la naturaleza hasta el extremo de lograr descender y retornar vivo de las regiones infernales, a pesar de darse la vuelta para contemplar a su esposa, Eurídice, que había muerto, según relata Virgilio, por la mordedura de una serpiente.

En sus orígenes, la tradición órfica era una religión mística que buscaba revivificar la herencia dionisiaca —Orfeo

era un sacerdote de Dioniso— para conducir al ser a la apotheosis de su divinización. El mito de Orfeo será significativo a raíz de la dimensión que alcanzará en el pensamiento de Platón y de la popularidad que a partir de los relatos, casi novelados, de Virgilio y Ovidio adquirirá durante el curso de la historia musical de Occidente. Su capacidad para concertar y aunar a través del sonido los mundos superiores con los inferiores, el mundo de las realidades invisibles con el mundo visible, atrajo a los humanistas ilustrados de los siglos xv y xvi, hasta el punto de merecer la lectura que de él hicieron el libretista Alessandro Striggio y el excelso compositor Claudio Monteverdi en su anhelo de encontrar las concordancias entre orfismo, neoplatonismo, cristianismo y hermetismo, como unos verdaderos caballeros del humanismo neoplatónico del Renacimiento.

El inmenso privilegio de haber podido cantar en los coros de los pastores y *spiriti* con La Capella Reial de Catalunya entre 1993 y 2007, en numerosas representaciones de la producción de *L'Orfeo*, de Monteverdi, bajo la maestría del director de escena Gilbert Deflo y la dirección musical de Jordi Savall, me ha conducido a ensayar, en el último capítulo, una aproximación que trata de conjugar la lectura hermenéutica del mito que Striggio y Monteverdi llevaron a cabo en clave cristiana con las fuentes mitológicas y las figuras analógicas de su pensamiento simbólico, que, representadas a través del sonido, el número y la palabra, no son sino tres expresiones de un único *verbum*.

Antes de dejar este libro en manos del lector, quiero poner de manifiesto mi profundo agradecimiento a aquellos autores que, aparte de las fuentes mitológicas —insondables pozos de sabiduría de todos los tiempos—, han sido para



mí verdaderos manantiales de inspiración a la hora de tejer el hilo de estos ensayos: me refiero a las luminosas lecturas de la mitología hebraica que hace Annick de Souzenelle, a los sabios comentarios de Emmanuel d'Hooghvorst sobre la *Odisea*, de Homero, y la tradición hermética y a los inspirados versículos de *El mensaje reencontrado*, de Louis Cattiaux. Todos ellos, de una forma tan sutil como certera, han sido, desde el peso de su pensamiento, la presencia real que ha guiado la conjugación de esta serie de reflexiones. A sus plumas, pues, y al veraz perfume que las ha conducido, mi más absoluto y profundo reconocimiento.

JOSEP MARIA GREGORI

*Vilassar de Mar – Molló,  
5 de enero del 2024*

